

¿De dónde soy?

La profesora siempre hacía la misma pregunta el primer día de clase.

–¿De dónde sois?

La mayoría respondía al instante.

–De Ejea.

–De Bardenas.

–De Pinsoro.

Cuando llegaba mi turno, siempre había una pequeña pausa.

–De aquí –decía yo.

Entonces venía la segunda pregunta.

–Ya, pero... ¿de dónde eres de verdad?

Durante unos años no supe responder a eso.

En casa olía a comino, cilantro y pan recién hecho. Mi madre cantaba mientras cocinaba y mezclaba palabras en árabe con español casi sin darse cuenta. Mi padre veía las noticias del país que dejó hacía más de veinte años y fruncía el ceño como si todavía viviera allí. Yo crecí entre dos orillas invisibles: la casa y la calle.

En casa me llamaban Samira. En el instituto, “Sami”.

Parecía una tontería, pero había días en los que sentía que hasta mi nombre tenía que partirse en dos para que los demás estuvieran cómodos.

Cuando era pequeña quería parecerme a las otras niñas. Quería llevar los mismos bocadoillos, pronunciar igual las palabras o no tener que explicar por qué en mi casa nos quitábamos los zapatos al entrar.

Una vez, en una excursión de primaria, una compañera abrió mi taper y puso cara rara.

–¿Qué es eso?

–Cuscús – respondí yo.

–¡Qué asco!

Ese día fingí que no tenía hambre.

Al llegar a casa, mi madre sonrió al verme entrar.

–¿Te ha gustado la comida?

–Sí, mucho –mentí.

A veces los prejuicios no llegan como insultos. Llegan como pequeñas grietas. Comentarios. Miradas. Bromas que los demás olvidan al segundo y que a mí me marcaron durante toda la infancia.

“Hablas muy bien español”, “Pareces de aquí de toda la vida”, “Qué cosas más raras hacéis”, “Vosotros sois diferentes”.

Vosotros.

Esa palabra me perseguía más que cualquier otra.

Durante mucho tiempo pensé que tenía que elegir. O ser “de aquí” o ser “de allí”. Como si el corazón fuera una frontera con aduanas.

Todo cambió el verano en el que viajamos al pueblo de mis padres.

Yo llevaba años esperando ese viaje. Pensaba que una vez allí, por fin, encontraría esa parte de identidad que me faltaba para construir mi propio “yo”. Pero cuando llegamos, mis primos se reían al escucharme hablar árabe.

–Hablas como una española.

Española.

La misma palabra que en España algunos pronunciaban como si no me pudiera pertenecer.

Recuerdo sentarme aquella noche en la azotea de casa de mi tía. Escuchaba las voces de la calle, el ruido de los vehículos que pasaban, una música lejana. Mi abuela salió despacio y se sentó a mi lado.

–¿Qué pasa? –me preguntó.

–No soy suficiente para ningún sitio.

Ella me miró como si estuviera escuchando una tontería enorme.

–Eres de más de un sitio. Eso es distinto.

No respondí.

Entonces me cogió de la mano y señaló al cielo.

–¿Ves la luna? Aquí es la misma que en España.

Me reí un poco.

–La luna no tiene país.

–Las personas tampoco deberían tenerlo en el corazón –me dijo con lágrimas en los ojos.

Aquel verano entendí algo que nadie había sabido explicarme.

Yo no estaba rota entre dos culturas.

Era el puente entre ellas.

Después de eso dejé de esconder ciertas cosas. Volví a llevar cuscús para comer al instituto. Enseñé a mis amigos canciones que escuchaba mi madre mientras limpiaba. Dejé de acortar mi nombre para que fuera más fácil de pronunciar. Samira. Completo.

Algunos seguían haciendo preguntas incómodas, claro. Pero ya no sonaban igual. Porque por primera vez no sentía vergüenza de ocupar los dos espacios al mismo tiempo.

Ese día en la graduación, la profesora volvió a preguntar:

–Bueno, Samira, ¿y tú de dónde eres?

Esta vez no dudé.

Sonreí.

–De muchos sitios.

Y, por primera vez, aquella respuesta no me pesó nada.

Esta es la historia de Samira, pero también es la que compartimos muchos de los hijos de inmigrantes que llegan a un nuevo país. Es la historia de Ouafaa, de Sara, de Mohamed e, incluso, la mía. Porque, durante la infancia, crecemos con una crisis de identidad cultural que no siempre nos permite poder responder con seguridad una de las preguntas que más nos incomoda: ¿De dónde sois?

El miedo a no ser lo suficiente española para definirme como tal, ni tampoco lo suficiente para el país de mis padres, nos acompaña durante años.

Con el tiempo, entre comentarios y prejuicios, entendemos algo importante: que ser de dos sitios diferentes no es una desgracia, al contrario, un privilegio. Es la oportunidad de enriquecerse de dos culturas completamente diferentes, de mirar el mundo desde perspectivas distintas y de compartir con los demás todo lo que somos.

Por eso, para todos los que alguna vez os hayáis sentido así, cuándo os pregunten de dónde sois, no os escondáis ni elijáis la respuesta más “sencilla” por comodidad. Mostrar con orgullo que sois de más de un lugar, que no estáis divididos, sino multiplicados.